EL SENTIDO OCULTO

DEL

QUIJOTE.

I.

EL SENTIDO OCULTO DEL QUIJOTE.

Escribió Edmundo Gayton en la mitad del siglo XVII un comentario de la Historia del Ingenioso Hidalgo D. Quijote de la Mancha; incluyólo el tipógrafo Guillermo Hunt en un libro que imprimiera en Lóndres en 1654, y, grato es descubrir que desde entonces no ha cesado la bibliografía de registrar con intérvalos mas ó menos reducidos la aparicion de nuevos trabajos, hijos del propio móvil; aunque no siempre inspirados por idéntico sistema, ni regidos por un criterio semejante.

Inglaterra, que parece destinada á valorar la primera el mérito de nuestras eminencias artísticas y literarias, siendo de ello bizarro testimonio el ahinco con que sus críticos estudiaron la novela cervantesca, dilatando la fama de su insigne autor; y los trabajos y publicaciones de que fueron objeto Lope de Vega, Góngora, Murillo, Velazquez y otros insignes vates y pintores españoles; tambien sirvió de cuna al segundo comendador del Quijote. Jarvís, linajudo caballero, dió á la estampa en 1742 una traduccion de la sabrosa novela, ilustrándola con notas y un muy erudito ensayo sobre la literatura caballeresca, abriendo por tal manera, el camino que en lo sucesivo habrian de seguir investigadores más profundos y críticos más diligentes.

Pasaron luengos años sin que la madre pátria se apercibiera á cumplir los deberes que su dignidad y su propio interés y fama le imponian en órden á su olvidado hijo, hasta que en 1780 publicó la Academia Española el Análisis del Quijote, de su sócio Rios, escrito con mejor deseo y laudables conatos que crítica sazonada y superior discernimiento.

Habia Gayton tomado pretexto de las aventuras quijotescas para satirizar á sus contemporáneos y perseguir al catolicismo ó al menos á su representacion histórica; empeñóse Jarvís en atribuir á Cervantes las ideas morales y religiosas que él mismo profesara, y Rios mostró la escesiva pretension de señalar tantas semejanzas entre el «Quijote» y la «Iliada», cuantas entendió que eran precisas para incluir al primero en el número de las epopeyas. Echábase de menos un comento que esplicase los pasages oscuros, las alusiones embozadas, las citas literarias contenidas en el libro inmortal; y, coincidencia peregrina, tambien bajo las nieblas del Támesis nació el literato que habia de satisfacer en la medida de sus fuerzas esta necesidad positivamente sentida por los ya numerosos adoradores del ingénio cervantesco.

Bowle, que así se llamaba nuestro crítico, acometió la no fácil empresa, preparándose de antemano para su desempeño con el estudio de la lengua española y de los libros de caballería, llevando aquella á feliz término, cuando en 1781 publicaba su edicion del «Quijote» con anotaciones que pidieron catorce años de constantes y bien dirigidas pesquisas.

No se habia mostrado rebelde la crítica francesa á rendir párias al mérito de nuestro noble y desventurado autor. Florian, traductor del mas conocido de los hijos de su entendimiento, sacó á luz en 1783 un juicio sintético de todos ellos, apuntando observaciones antes no tocadas é iniciando provechosos debates.

Siguieron otros allende y aquende el Pirineo su ejemplo; Garces y Capmany, entre ellos, juzgan el «Quijote» bajo la relacion de la gramática y

de la elocuencia; y en 1797 aparecen los comentarios de Pellicer que marcan una nueva y meritísima evolucion de la crítica en cuanto toma por blanco los escritos de Cervantes.

No desdeña Pellicer los trabajos de sus predecesores, antes bien los utiliza mejorando por extremo el comento con fino criterio y erudicion discreta. Abarcan sus notas la esplicacion de las alusiones puramente literarias de la obra, las citas históricas y cuanto pueda contribuir á ilustrar los pasages oscuros del texto, ó los que sin serlo, piden las mas conducentes aclaraciones.

Comenzaba á la sazon á extenderse con algun crédito la idea de que el «Quijote» encerraba sentido oculto, susurrándose que Cervantes habia escrito un librejo intitulado el «Buscapié», donde se declaraba cual fuera el enigma. Negó Pellicer la existencia del folleto y la de toda doctrina esotérica, concluyendo que el «Quijote» era una produccion muy semejante al «Asno de Oro» de Lucio Apuleyo á quien Cervantes quiso seguir y tomar por modelo.

No fueron parte los graves acaecimientos con que se abrió la actual centuria para apartar á eruditos y críticos del no interrumpido estudio de las bellezas que entrañaba la leyenda quijotesca: hasta hubo detractores de la obra mas grande de la moderna literatura, llegando por una ley invencible del órden moral, á exajerarse el elogio, mientras se extremaba el desabrimiento.—Dentro y fuera de España, los literatos mas afamados creyéronse en el caso de emitir su juicio sobre el «Quijote,» pareciendo rivalizar los de más crédito y doctrina en recomendarlo y enaltecerlo.

Imprimiéronse en 1833 los comentarios de Clemencin inspirados ostensiblemente por un elevado espíritu de imparcialidad y de severa justicia. Aun les superan en mérito los que casi á la vez publicaba en Barcelona el docto Bastús, quien perfeccionó el análisis literario acaudalándolo con gran copia de noticias, siempre curiosas y nunca agenas á las conveniencias ni al interés de la produccion comentada.

Muestra esta somera reseña que la crítica ha seguido dos distintas direcciones relativamente á nuestro autor. De una parte los que ateniéndose al texto de la obra, entendiéndola y apreciándola como Cervantes quiso que se entendiera y apreciase, abrazaron el laudable propósito de quilatar sus bellezas orgánicas; ya determinándolas perspicua y discretamente, ora realzándolas por medio de las esplicaciones mas oportunas. De la otra, los críticos para quienes el comento era ocasion de hacer alarde de las propias ideas, cargándolas arbitrariamente á la cuenta del original.

Gayton y Bowle, en union con Defoe, pertenecen á la última clase. Imitáronles en el sistema con mayor ó menor acierto desde Puigblanc y Salvá hasta Creuse de Lesser y Viardot, empeñándose todos, cual mas, cual menos, en atribuir

á Cervantes miras é intenciones estrañas sin que para ello les asistiera el mas flaco fundamento. Si el uno hace al Adam de sus poetas antagonista de la Iglesia Romana y de la política de su tiempo, otro afirma que lejos de intentar la ruina de los libros de gesta, acometió el empeño de escribir otro que los escediese en merecimientos. Sospecha este que las alusiones á personages encumbrados están hábilmente veladas tras la máscara mas discreta; piensa aquel de que Cervantes hubo de luchar mañero contra el Tribunal de la Fé que le perseguia iracundo, siendo este la causa secreta de sus desventuras; y todos mantienen la realidad de un sentido oculto, tormento y pesadilla de cierto linage de escritores.

En nuestros mismos dias vióse reproducida con nuevos desarrollos la deleznable doctrina, que hubo de presentarse con grande ostentacion, sin que, á pesar de todo su aparato, consiguiera sorprender á los que por sus antecedentes estaban en aptitud de juzgarla con la severidad que pedian sus pretensiones escesivas y los riesgos de que venia acompañada. Vestidas á la moderna ideas, sobre antiguas, faltas de crédito y de sustancia, exhibiéronse en el estadío literario aspirando á un éxito que hubo de trocarse en el mas merecido descalabro. Quísose sostener que el «Quijote» habia sido hasta entonces un secreto cerrado para doctos y muchedumbres; que lejos de proponerse su autor derribar la desvencijada

máquina de los caballerescos libros, habia deseado restaurarla escribiendo uno mas primoroso; y se atribuyó el interés creciente y general de la produccion, no á la circunstancia de alcanzar su eficacia á todos los tiempos y á todas las zonas donde el hombre se encuentra en condiciones que le consientan apreciarla, sino á que entrañaba las represalias que Cervantes tomó en el simulacro alegórico, de alguno de sus émulos ó perseguidores: sobreponiéndose sin embargo el buen sentido á interpretacion tan arbitraria, hubo de volverle la espalda, interrumpiendo en parte con su desden el curso de tan peregrinas elucubraciones.

Reconózcase, no obstante, que así como las sombras sirven para esclarecer las partes luminosas del cuadro, así la reprobada doctrina trajo en pos de sí, como sequela inevitable, trabajos decididamente dirigidos á extremar las glorias de Cervantes, si es que su fama consentia mayores crecimientos. Entendemos que ninguna tentativa crítica, por absurda que se la suponga, puede perjudicar al mérito intrínseco de la obra sobre que se ejerce, si este es verdadero; antes calculamos que esos conatos, hijos del afan de singularizarse, mas que de otra cosa, son cual poderosos incentivos que, moviendo la agena voluntad, llevan al campo de la controversia mantenedores robustos que conquistan para la buena causa nuevas y hermosas recompensas.

Nada tan apropiado para convertir la inercia

en actividad, promoviendo el interés y el entusiasmo, como la contradiccion: es la existencia una lucha perdurable donde batallan principios y fuerzas antagónicos, y no se cumplen sus leyes sino teniendo constantemente embrazado el escudo y desnuda la espada: lucha de los átomos, lucha y contraste de las fuerzas, lucha de los organismos y de las voluntades, lucha en las profundidades de la sombra y en los ámbitos diáfanos de la luz, de las afinidades químicas y de las energias que llenan lo inmenso; lucha de los desquilibrados resortes que constituyen lo mas íntimo de nuestra naturaleza, de los caractéres y de los sistemas, de la poesía y de la prosa; hé aquí la vida; sus eternos polos, la norma que rige fatalmente lo real y lo imaginario.

Avanzaron los que señalaban una doctrina esotérica en el fondo de la novela cervántica, hasta aducir en su apoyo razones mas ó menos especiosas y brillantes: dándose la mano con los que calificaban al «Quijote» de sátira política, afirmaron la necesidad de un sentido oculto, concreto y personalísimo que esplicara las anfibilojias, las alusiones, reticencias y frases de doble sentido señaladas en el texto. Vinieron al suelo al primer embate, segun queda dicho, los llamados comentarios filosóficos; mas, tocante al segundo estremo, esto es, si el «Quijote» se escribió ó no con la mira de flagelar personages y vicios particulares de su época; incrédulos y apasionados sus-

pendieron su juicio al anunciarse el hallazgo de documentos fehacientes que colmaban las esperanzas de los unos y ponian término á las dudas de los otros.

Si el «Buscapié» que sacó á luz un erudito insigne no habia alcanzado prósperos dias, si los anagramas descubiertos por otros investigadores gozaron solo de pasagera y efímera existencia, la noticia de que en los archivos venecianos se guardaban piezas diplomáticas que ponian á los ojos de todos lo que hasta entónces fué misterio, produjo insólita curiosidad entre los verdaderos cervantistas.

Díjose; que, en los «Papeles de Estado» (State-papers) que publica periódicamente el gobierno inglés, habia incluido uno de esos agentes en el extranjero los apetecidos despachos, donde Simon Contarini, embajador de la Señoria en Madrid en los comienzos del siglo XVII, haciéndose eco de la mas popular creencia, afirmaba que el «Quijote» era una invectiva contra ciertas eminencias contemporáneas.

Tan rotunda afirmacion no podia pasar desapercibida para quien, antiguos compromisos, obligaban á mirar con interés estos achaques: fuera ó no cierto el descubrimiento, en nada podia afectar á la valía del libro; propusiérase Cervantes escribir una miserable y embozada censura sin elevadas miras, ó favorecer á la humanidad con un hijo de su peregrino ingénio, fruto siempre lo-

zano y sabroso de su fantasía y de su sensibilidad; es lo cierto que las aventuras del «paladin manchego» eran ya patrimonio de todos los pueblos cultos que disfrutaban las bellezas artísticas de la concepcion y comprendian sus sublimes alcances y perfecciones.

Empero convenia á nuestros planes averiguar si realmente Contarini habia sido padre del aserto que con tanta insistencia se le atribuia, y para conseguirlo buscamos en los «Papeles de Estado» los anunciados documentos, que no hubimos de gozar, quizá por torpeza, si ya no es que su publicacion se redujo á los límites del anuncio. Más todavía; asáltanos hoy la sospecha de que si existen los tales diplomas no han de conformarse con la idea que tocante á su importancia se forjaron los cervantistas, fundando esta aseveracion, un tanto atrevida, en los hechos que muy luego hemos de someter al público exámen.

Aseverándose que el persistente investigador de los archivos de Venecia, Mr. Rawdon Brown, era quien, asistido de próspera fortuna habia realizado el hallazgo, deseamos interrogarle cortesmente sobre su significacion y analizar los documentos por medio de persona idónea y nunca recusable, y animados de este propósito hubimos de utilizar los servicios de nuestro distinguido amigo el sábio director de la «Revista Europea» de Florencia, señor Angelo de Gubernatis, quien se mostró solícito en complacernos.

En 17 de enero de 1871 recibimos de Gubernatis una carta que comprende el párrafo siguiente:

«Ho tardato fino ad ora á rispondere all'amabilíssima sua, nel desiderio di poterle comunicare qual'che cosa di sodisfacente, á proposito della demanda, ch'elle mi faceva circa la possibilitá di aver notizie á Venezia sulla relazione del Contarini. Per provarle che me ne sono subito occupato con piacere, eccole la risposta che mi trasmette da Venezia l' illustre s'torico Tommaso Gar direttore dill' archivio generale. Se io riceveró col tempo de lui altre notizie che le possano interessare mi daró premura di comunicarglieli.»

Hé aquí la interesante carta del respetable historiador Tomás Gar:

(Un sello con las armas reales de Saboya) R. Archivio Generale di Venezia. Venezia 16 gennaio 1871. Chiaro Signor Professore. Le ricerche fatte finora in questo archivio intorno al Cervantes e al suo romanzo famoso non riuscirono ad alcun risultato. Nella «Relazioni del Contarini» (pubblicata dai signori Barozzi e Berchet in appendice alla Raccolta, delle Relazioni d' ambasciatori Veneti, procurata dall' Alberi) non vi é cenno o allusione di sorta al poeta spagnuolo e all' opera sua, che dalla maggior parte dei critici si crede una satira politica della corte di Spagna e di qualche gran personaggio de' suoi tempi.

Un dotto inglese, qui dimorante da circa 40 anni rivolse la sua curiosita anche a cotesto tema,